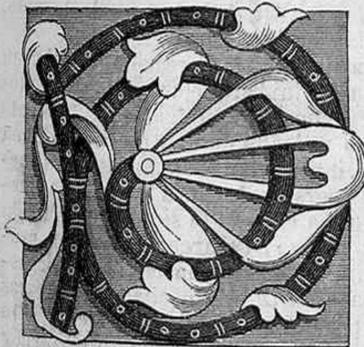




NUM. 55. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 2 DE SETIEMBRE DE 1866.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 40 á 15 pesos. AÑO X.

REVISTA DE LA SEMANA.



haber es nuestro principiar esta *Revista* felicitando al señor Escalera, comandante de la fragata *Gerona*, por haber apresado á la altura de la isla de la Madera el buque corsario *Tornado*, de condiciones análogas al célebre *Alabama* y coste de unos

diez millones de reales, que, con el *Cyclone*, habia salido de Inglaterra, dirigiéndose entrambos al Pacífico, por cuenta del gobierno de Chile que los habia comprado. Es probable que sufra la misma suerte el *Cyclone*, cuya pista sigue aquella hermosa fragata.

Después de muchas dificultades, puramente de forma, según anuncia el telégrafo, parece que la paz ha sido firmada en Praga, entre Austria y Prusia. Esta paz se nos figura prendida con alfileres; al tiempo damos por testigo. Si de cuestion de forma se califica la repugnancia de Napoleon á reconocer las anexiones de Prusia, sin que á los cuerpos incorporados (digámoslo así) se les consulte por medio del sufragio universal, indudablemente la forma adquiere, á nuestro juicio, una importancia, que convierte la cuestion de secundaria en principal.

Tenga presente el lector, si lo ignora, que somos miopes, que usamos anteojos, y que si en ciertos asuntos vemos turbio, en los políticos tenemos la desgracia de no ver siempre claro.

Prusia ha hecho en su reciente campaña lo que se llama un *negocio redondo*: un aumento de territorio que se calcula en 18,350 kilómetros cuadrados, y otro de habitantes, que no bajará de 3.280,000, compensa,

hasta donde es posible esta clase de compensaciones, las pérdidas sufridas por su ejército, que ascienden —incluyendo las originadas por enfermedades— á un 40 por 100 la infantería, un 20 la caballería y la artillería, y un 12 el tren militar. La corona de laurel, que ha conquistado, está, pues, entrelazada con ciprés, condicion de todas las glorias humanas... é inhumanas.

Ha llamado mucho la atención la palabra con que el rey Guillermo encabeza el artículo 1.º del proyecto de ley leído en las Cámaras prusianas, con motivo de tales anexiones. «TOMAMOS (dice) para Nos y para nuestros sucesores el gobierno del reino de Hannover, del electorado de Hesse, etc., etc.» Sólo una susceptibilidad maliciosa ha podido elegir la acepción mas siniestra de un verbo que, en el lenguaje usual sencillo, expresa tan gráfica y tan propiamente el acto de adquirir, sea en virtud del derecho de la fuerza, sea por efecto de la renuncia voluntaria del antiguo propietario, las posesiones y los individuos aquellos que constan en el resumen estadístico antes consignado. Pero donde mas choca la palabra referida es en Francia, cuyo gobierno, según varios periódicos, ha significado sus deseos de que, así las mencionadas anexiones, como la cesion del Véneto, se efectúen consultando la voluntad de los pueblos. Siendo así, los pueblos dirian á Victor Manuel y á Guillermo de Prusia: «tomad» en vez de decir éstos, por sí y ante sí: «tomamos,» lo cual varía de aspecto. ¡Sería curioso que una cuestion *gramatical*, hubiera de decidirse por la vía de las armas, tarde ó temprano! Quizá se decida antes en las Cámaras prusianas: por de pronto, en el debate sobre el proyecto de contestacion al discurso de la Corona, Mr. Jacobi ha declarado que la guerra ha producido el engrandecimiento de la casa reinante, pero que las victorias alcanzadas no son cosa de que Prusia deba felicitarse bajo el punto de vista alemán, añadiendo que el *bill* de indemnidad es constitucionalmente indispensable.

Ignoramos qué visos de certeza tenga la noticia transmitida por el telégrafo, relativa á negociaciones próximas entre el papa y Victor Manuel. La *Opinione* la desmiente.

Lamármora, representante del elemento que en Italia puede llamarse conservador, se ha retirado del ministerio, coincidiendo este hecho, que marca las tendencias de la política del gabinete de Florencia, des-

pues de los últimos acontecimientos, con la amnistía general publicada, en que se halla comprendido el célebre agitador José Mazzini. La importancia de la caída de Lamármora es tal, que indica, y tal es el sentido en que se toma por amigos y adversarios, la desaparicion, no de un hombre, sino de todo un sistema político.

El mismo gobierno de Florencia ha promulgado una ley suprimiendo las órdenes religiosas.

En Siberia acaba de estallar una grave insurreccion entre los polacos desterrados; iguales manifestaciones han ocurrido en algunos otros puntos del imperio moscovita, en donde reina gran descontento. Y á propósito: si la memoria no nos es infiel, España fue la única potencia de Europa que protestó hidalgamente contra el abominable reparto de la infeliz nacion que tanta sangre ha derramado y tan sublimes sacrificios ha hecho por su independendencia. ¡Qué fatalidad pesa, pues, sobre aquel pueblo mártir, acreedor como ninguno á la generosidad y á la compasion, ya que no á la justicia, que cuando tantos reinos reparten los poderosos, él sólo arrastre lutos, en medio del júbilo con que otros celebran su fortuna?

No ganamos para sustos. Los nuevos fusiles ensayados en el campamento de Chalons (sistema Chassepot) han parecido superiores á los prusianos. Además, en el ministerio del Interior de Francia se han presentado un mortero eléctrico, un cañon de vapor que dispara en una hora, sin parar, una lluvia de balas y granadas, una carabina rayada (¡ojalá sea la de Ambrosio!) que hace 25 disparos por minuto, y una máquina *infernal* (el adjetivo sobra) que arroja 1,000 balas por minuto y puede acabar de un golpe con todo un regimiento. ¡Qué satisfacción tan angelical habrán tenido los inventores de tales juguetes! Y eso que se anunciaba poco há la reduccion de 80,000 hombres en el ejército francés, y en Italia y Austria de 100 y hasta de 200,000, que pasarian á las reservas, como una prueba de la perspectiva de una paz octaviana. ¡Ya escampa!

Por fortuna, en Italia, el señor Muratori (dicen) ha ideado una coraza, y los doctores Filipis y Capodioli, respectivamente, un nuevo compresor y un líquido hemostático, que harán invulnerable, ó indestructible, el cuerpo humano.

Otrosí. En Bruselas, delante de gran número de espectadores, Mr. Carlos Bernard ha hecho por sí

mismo la prueba de presentarse cubierto con un capote de tela impenetrable, y recibir á 100 metros de distancia disparos de carabina, cuya bala, despues de dar contra la tela, cayó al suelo dejándola levemente abolada, pero sin penetrar en ella. El invento, si se confirma con algunas pruebas mas, es verdaderamente maravilloso: digamos, en tanto, con el poeta:

¡Lástima grande
que tan grata noticia fuese bola!

Parece que existe el pensamiento de construir pronto un edificio en terrenos del Estado, cerca de la estación del ferro-carril del Mediodía, con el objeto de que pueda celebrarse en él la próxima Exposición de Bellas Artes. Manos, pues, á la obra, y si es posible hoy mismo, para desmentir una vez siquiera la feliz expresión de otro gran poeta, expresión que caracteriza magistralmente la proverbial indolencia española: ¡Siempre mañana, y nunca mañana!

Esto nos sucede á nosotros con el trágico Rossi, á quien pensamos oír en una de las primeras representaciones que anuncie. La reputación de que llegó precedido, pudiera disculpar, hasta cierto punto, los elogios que aquí haríamos con gusto, mucho mas cuando en el *Hamlet*, con que se ha inaugurado, ha recibido del público madrileño inequívocas muestras de simpatía. Pero preferimos juzgar su mérito por nosotros mismos, á que nos cuenten los quilates que alcanza.

Sigue Barbieri dando conciertos en los jardines de Apolo, y en los Campos Elíseos siguen los juegos hidráulicos y los ejercicios del señor Rabesky, entreteniéndose agradablemente al público, sin que las frescas brisas del otoño, que ya comienzan á soplar, le retraigan de espectáculos tan amenos. El Prado, punto de reunión sin rival en Europa, ha destronado á los húmedos paseos de Recoletos y la Castellana, que pretendieron arrebatarse la concurrencia escogida que de tiempo inmemorial poblaba en las serenas noches de verano su magnífico salón y anchas calles. Las hermosas... y las feas, los pollos inespertos... y aun los gallos de mas duros espolones, acatan la soberanía del rey de los paseos de la corte que, sobre todo desde el oscurecer, encanta á los nacionales, diplomáticamente hablando, y emboba á los extranjeros.

Para el teatro Real circulan los nombres de la Spezia, la Loti, la Borghi-Mamo, Aldighieri, Fraschini, Nicolini, Selva y Tamberlik.

El señor Catalina ha firmado el contrato para *Jove-lanos*, aumentándose el cuadro de su compañía, según se nos asegura, con Teodora Lamadrid.

Dicho señor cuenta con producciones de Coupigny, Breton, Hurtado, Nuñez de Arce, Santisteban, Retes y otros autores.

Del señor Valero nada se sabe á punto fijo, pues aunque se han hecho gestiones para que trabaje en el *Príncipe*, no es cosa decidida que así suceda.

El primer actor don José Ma'a se pondrá al frente de *Novedades*, y el de *Varietades*, que tomará el título de *Teatro de los buffos madrileños*, estará dirigido por el señor Arderius, quien se dice hará obras de los señores Frontaura, Blasco, Picon y otros, y de los maestros Barbieri, Roger y Oudrid.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

VENTURA RUIZ AGUILERA.

EL ESTIO.

Cuando el sol ha llegado á lo mas elevado de su carrera tropical, derrama por todos los ámbitos de la tierra sus rayos vivificadores, y la diosa de las cosechas armada con su hoz y coronada de espigas, se dispone á recoger las abundantes primicias que por do quiera le ofrece la virilidad del año. El estío se nos presenta con el orgullo y fuerza varonil de la juventud, y su potente energía se deja sentir hasta en las entrañas de la naturaleza. Los calores y los vientos refrigerantes le acompañan. La primavera se oculta ruborosa y se pone al abrigo de sus ardientes miradas, y los cielos y la tierra se entregan y abandonan al ardoroso imperio de su sucesor.

En tan calurosa estación retirémonos al fondo de los bosques y alamedas, y allí entre la espesura y cerca del arroyo que baña los troncos de los álamos, nos deleitaremos con el dulce murmullo de las aguas que corren mansamente por un lecho pedregoso, y meditaremos en apacible calma, en medio de esta tranquila soledad, sobre el misterioso y sublime círculo en que giran las estaciones del año.

¿Cuánto no hay que admirar el Supremo poder que rige y preside á las revoluciones del universo desde el primer instante de la creación, por medio del cual los inconmensurables planetas giran en un espacio sin límites y resisten sin alteración alguna al flujo y reflujo de los siglos, que arrastran y destruyen inmensas generaciones de las razas perecederas del hombre y demás animales, y hasta los mas grandiosos monumentos de su inteligente industria? Estos inmensos cuerpos se encuentran colocados en la esfera que les está designada por los altos designios del Eterno, y se nos pre-

sentan inalterables en su sustancia, incomprensibles en la rapidez de su curso, exactamente fieles á las apariciones regladas de los días y de las noches, y á las revoluciones periódicas de las estaciones. Tal es el inmenso poder y la Suprema sabiduría de la diestra mano que sostiene, mueve y regula tranquilamente el universo.

Los gemelos, no pueden resistir el sofocante aliento de Febo, desaparecen del zodiaco, y vemos aparecer en su lugar el signo de *Cáncer*, enrojecido por los brillantes rayos del sol. La noche no ejerce mas que un imperio corto y débil sobre la tierra, y apenas avanza sobre las huellas del día, cuando ya trata de ocultarse, entre temblorosa y confusa, á la mas débil aparición del día que le va á suceder. La aurora, madre del rocío, asoma por el lejano horizonte; una débil y sonrosada luz la anuncia en el tachonado Oriente, poco á poco la claridad se derrama y estiende sobre la faz de la tierra, esclarece las medrosas sombras y alumbra la noche, que huye precipitada á hundirse en los antros cavernosos del abismo. El día nace y crece rápidamente y nos presenta á la vista vastos paisajes llenos de animada vitalidad. Las rocas humedecidas, las cumbres de las montañas envueltas en blanquecinas nieblas que se dilatan y deshacen á la vista, brillan agradablemente al crepúsculo del día, y los quejumbrosos torrentes despiden vapores que aparecen azulados al través de la purpurina luz de la aurora. La tímida liebre salta y se alborozaba entre los rastrojos de los cereales ó bajo los frondosos viñedos, mientras que en los claros de las selvas el ciervo silvestre bota y brinca y se dispone á emprender su paseo matutino.

Multitud de armoniosos ruidos nos anuncian por do quiera que la naturaleza despierta en medio de una alegría universal, y en los umbrosos bosques retumban y se repiten los ecos de esta variedad de cantos reunidos, que saludan gozosos la aparición del alba. El pastor diligente, despertado por el ruidoso canto del gallo, sale de su humilde cabaña, en donde habita con la paz; abre el establo y hace salir con orden su ganado, que alegre se dispersa por el campo, y retozon y bullicioso se encamina á pacer la fresca yerba de la pradera.

¡Despierta, mortal esclavo del lujo; abandona prontamente ese lecho de pereza y ven á disfrutar de estas horas tranquilas, frescas y embalsamadas, tan propias á la meditacion y al místico recogimiento! ¡El sueño tiene algunos encantos para los que se agitan en el torbellino de una vida desordenada? ¿Puede perderse en un olvido mortal la mitad de los momentos de una muy corta y rápida existencia? ¡Total estincion del alma iluminada! ¡Vivirás con el prestigio y la falsa aureola de esa vanidad que estravía y pierde á los espíritus débiles y fanatizados por los placeres? ¿Qué podrás disfrutar en un estado de insensibilidad y tinieblas prolongadas mas allá del que la naturaleza exige, cuando todas las musas, cuando mil dulzuras te convidan al paseo campestre y solitario de la mañana?

Mas el poderoso rey del día aparece radiante de luz en el Oriente, las nubes y las nieblas se disipan, el claro azul de los cielos y los torrentes de luz que alumbran las montañas, señalan y son los bulliciosos mensajeros de la alegría de su aproximacion. Las confusas sombras se han disipado y todo toma su ser y forma natural sobre la tierra, la claridad del día se desparra con un fulgor resplandeciente, y quiebra sus sonrosados rayos sobre las rocas, las colinas, las torres y los errantes riachuelos que centellean en lontananza al través de la espesura. ¡Oh luz, origen del día, el primero y el mas precioso de los seres materiales, emanación divina, esplendoroso ropaje de la naturaleza! sin los vívidos atavíos de tu belleza, todo estaria sumido en una lóbrega oscuridad; y tú, sol, alma de los mundos, que nos rodean, espejo fiel y trasparente de tu Creador, deja que contemple y admire en tí una de las primeras maravillas del universo!

Tu secreta fuerza de atracción sostiene, encadena y dirige esa multitud de pequeños mundos, que se hallan suspendidos en el espacio, desde los alejados límites de *Saturno*, que tarda treinta años en verificar su revolucion, hasta *Mercurio*, cuyo disco oscurecido y oculto por el brillo de tus rayos, puede apenas ser percibido por el ojo filosófico.

Creador de todos los planetas, sin tu suprema acción vivificadora, los inmensos orbes que admiramos no serian mas que unas masas informes y sin movimiento. Tu espíritu de vida ¡cuántas y cuán distintas formas ha comunicado á los infinitos y variados seres de la creación, desde la privilegiada especie humana, á quien diste el alma racional, parte esencial de tu Divinidad, hasta las mas humildes razas de diminutos animalillos que nacen y mueren con el sol de un día!

Padre de las estaciones, el mundo vegetal reconoce tambien tu supremo imperio. La pompa precede y sigue tu trono y decora magestuosamente en medio de tu dominio anual tu brillante carrera eclíptica, resplandeciendo triunfante en el espacio, animando y alborozando la naturaleza entera. En el momento de tu aparición, la multitud de todas las especies, implora tu bondad y llenas de reconocimiento cantan un himno en tu honor, mientras que alrededor de tu carro de fuego giran las estaciones, llevando en pos de sí la na-

tural mudanza y variabilidad del tiempo; la aurora con sus dedos de rosas, los céfiros flotantes y perezosos, las benéficas lluvias, base de la fertilidad de la tierra, el brillante rocío y la menuda escarcha, las furiosas tempestades acompañadas del granizo y del rayo que surca el espacio, y todo ese numeroso cortejo que acompaña á las estaciones, derrama y esparce por todas partes la belleza, la magestad, los aromas, las plantas, las flores y los frutos. Todo se alumbra y embellece con tus flotantes madejas de oro, y tus limpidos rayos decoran y guarnecen el ameno y vasto jardín del universo.

Tu poder no se limita tan sólo á la superficie de la tierra orlando las colinas, los valles y los espesos bosques que forman la risueña cabellera de la campiña, sino que tu enérgica acción penetra hasta sus mismas entrañas; tú imperas, por consiguiente, hasta sobre el inanimado reino mineral. Aquí brillan las venas de vistoso mármol, mas allá se saca el hierro con que se fabrican los apreciados útiles de la labranza, aquí el de las fratricidas armas de la guerra; en otros sitios se extraen los materiales con que se construyen las mas nobles obras, que son en la paz el honor del género humano y las dulces comodidades de la vida, y allí, en fin, se sacan del seno de la tierra los metales preciosos que ligan y facilitan el comercio de las naciones.

La estéril roca impregnada de tu vívido aliento, concibe en lo mas recóndito de su oscuro regazo las transparentes piedras preciosas. El codiciado diamante se apropia tus mas purísimos rayos, y la luz recogida y refractada de su compacta masa produce vivísimos resplandores, y despues de tallado adorna y enaltece la belleza de la mujer hermosa. De tí los rubíes reciben su natural color oscuro, y el sólido zafiro toma el hermoso azul que le distingue y que le hace aparecer á simple vista como una porción de aire consolidado. Por tí la preciosa amatista se reviste de esas ondas purpurinas que nos representan los dulces y tibios rayos del sol poniente. El topacio aparece como tostado por el ardiente fuego de tus miradas, y el flotante ropaje de la primavera, agitado por los vientos del Sur, le vemos representado en la trasparente y fina esmeralda. Mas todos tus rayos combinados y reunidos juguetean y brillan al través del ópalo blanco y muchos se escapan de su superficie formando una misteriosa y mágica luz de colores reflejados, que al menor movimiento hacen resaltar sus variados matices.

A la creación inanimada la vemos recibir por tu influencia el sentimiento y la vida. El limpio y trasparente arroyuelo juguetea allá en el fondo de la pradera; la atronadora cascada, que esparce el terror en el rio, en el valle y en la selva durante la oscuridad de la noche, se dulcifica y se nos presenta vistosamente engalanada á la aparición de tus dorados rayos. El desierto mismo y sus melancólicos y solitarios senderos, parecen mas animados cuando los alumbra el sol. Las informes ruinas reflejan tus áureos resplandores, y cuando en el salado abismo asoma tu luciente disco por la cumbre de un promontorio, derrama una luz tibia y flotante que vaga dulcemente por toda la extensión del horizonte. Mas todo cuanto decirse pudiera no es nada en comparacion de tu propia belleza, fecundo é inagotable manantial de la luz, de la vida, de las gracias y de la alegría del universo.

Todas estas maravillas de la creación nos hacen admirar la augusta Divinidad, ejecutora de tantos prodigios y prosternarnos con religioso acatamiento ante su excelso trono rodeado de una eterna y divina luz, morada augusta, inaccesible al ojo mortal, impenetrable á la vista mas perspicaz y mas pura de los justos. El glorioso emperio en que te sientas espléndido de magestad y de grandeza, esparce resplandores raudales, inagotable luz, los cuales hacen lucir magestuosamente toda esa multitud de oscilantes lámparas celestes esparcidas por el inmenso firmamento; y si tu omnipotente mano dejase por un momento de dirigir los mundos, la tierra, el sol y los demás astros confundidos, saldrían de las esferas que les tiene señalada tu inconmensurable sabiduría y este instante fatal produciría el mas horrible caos en todo el universo.

¡Oh Supremo Hacedor! todas tus obras, hasta las mas inanimadas, se unen para elevar una voz general de amor, de acción de gracias y de reconocimiento desde el fondo de los bosques inhabitados; todo ensalza tu poder; tu glorioso nombre es llevado por los alegres céfiros hasta los espacios celestes; tú eres la causa única y eterna, el principio y el fin de todo lo creado, Autor de los dones y de los talentos del hombre y de la inmensa magnitud de la naturaleza; tu gran libro está abierto para todos, pero desgraciadamente muy pocos le estudian y le comprenden.

Mas hé aquí el instante en que el sol suspendido en el espacio dora los cielos con una vivísima luz que está como disuelta en un aire diáfano y límpido, dispersa las nubes, deshace las nieblas de la mañana que rodean las colinas de franjas diversamente coloreadas, y bien pronto, del todo despejada y esclarecida la naturaleza entera, la tierra se nos presenta mas vasta y parece unirse á la bóveda del firmamento.

(Se continuará.)

MELTÓN ATIENZA Y SERVET.

EL AMOR.

(CONTINUACION.)

III.

Adornada la mujer con las galas que en los capítulos precedentes describimos, seguramente no será ella la destinada á causar la infelicidad del hombre á quien se una, ni á abrirle una puerta á su perdición. Pero el corazón del hombre cae á veces en una atonía tal, que es muy difícil, por no decir imposible, despertarle de su letargo. La mujer necesita hacer inauditos esfuerzos en tan supremos instantes, si ha de apartar al bien amado del borde del abismo hácia el que tiende... ¡Ah! ¡Y qué grande aparece en esta colosal empresa esa débil, pero hermosa criatura! ¡Qué de abnegaciones! ¡Qué de sacrificios!

Y á pesar de esta sublimidad, de esta grandeza de ánimo ¿es siempre suficientemente poderosa para hacer cambiar al hombre el derrotero de su fatal destino?

La experiencia nos demuestra que no.

Nos explicaremos.

Nosotros nos hacemos responsables de nuestros actos, según los grados de culpabilidad que alcancemos en ellos. El sentimiento puede entrar mucho para darnos impulso, pero nunca para servir de norma en la ejecución de un hecho.

Ahora bien, así el hombre como la mujer llevan dentro de sí é inherente á sus conciencias la idea de ambas cosas. Tiénela el hombre de su predominio en inteligencia. Tiénela la mujer de que le supera en sentimiento. De aquí el que, ella comprenda la necesidad de la acción del hombre, para mover con mayor acierto el resorte de su libertad. De aquí, el apoyo del hombre que ella necesita siempre: apoyo, que si le falta de un padre, busca en un hermano, ó se lo depara un esposo; y que, cuando de éstos carece, no tarda en conocerse, porque es la desvalida, si no es la potentada, ó la cortesana. Y de aquí finalmente, que una joven, por bonísimas dotes que la acompañen, necesite, además, caer en manos de un buen poseedor, que sepa tratar alhaja de tanto mérito, porque si desconoce éste, ó abusa de él como de mercancía, se espone al riesgo de perder aquella y de perderse juntos. ¡Ah! ¡y cuánto de esto vemos! ¡Cuántas desgraciadas víctimas del indiferentismo y la degradación! Cuando notamos alguna de esas familias en cuyo hogar todo parece marchar uniforme y tranquilo, en que no hay altercados de ninguna especie, pero en el que el esposo vive separado cuanto cabe de su esposa, por un convenio, ¡no sabemos si tácito ó expreso, cada uno con su servicio peculiar; que no se molestan el uno al otro en nada ni para nada; que no se inquietan en sus acciones; que cada cual tiene sus comensales; que en las reuniones se presentan, no sabemos si por alguna cláusula de aquel convenio, tiernamente unidos cual dos noveles amantes, pero con hiel en el corazón, frío en el alma... cuando todo esto notamos, cuando observamos en el matrimonio esta calma chicha, si así podemos expresarnos, sentimos helársenos la sangre y que un vértigo horrible se apodera de nosotros...

La mujer, en este caso, no ha hecho otra cosa, que seguir el derrotero del hombre. Porque ¿qué conducta será la suya, y la de ambos, en tan crítica situación? Fácil sería determinarla, si no temiéramos tan resbaladizo terreno; pero lo dejamos á la consideración del lector, y solamente aconsejaríamos á los tales esposos aseguraran bien las puertas de sus respectivos gabinetes, para no sorprenderse mutuamente en alguna de esas infidelidades, que siempre causan algún escándalo.

¿Pero vamos á describir las fases y contingencias distintas con que se presentan y ofrecen á nuestra consideración estos cuadros? Tarea poco menos que imposible sería ésta.

Recapitemos, sin embargo, porque acabamos de dar al traste con aquella influencia de la mujer que tanto decantamos mas arriba; la influencia de sentimiento que decíamos arrastraba al hombre, transformándole y haciéndole muy otro de lo que sería por sus inclinaciones naturales.

No negaremos nosotros ese ascendiente, ese poder de la mujer; porque nuestra negativa, no sólo carecería de verdad, sino que sería una contradicción de lo que dejamos sentado. Lo reconocemos con gusto; influencia benéfica en muchos casos, y siempre que se dirige al bien; y tristemente célebre en muchos otros.

Una observación debemos hacer aquí, digna de tenerse en cuenta, y que es como la síntesis de esas dos fases que presenta la mujer.

Esta, en el caso primero, luchará sin duda con las gracias de su hermosura, si es que la adornan; y esto, si no es un obstáculo, con dificultad será un medio para su victoria. En el otro caso, ya no; no tropieza con esas dificultades: ella sabe, como sabemos todos, que en el fondo del alma humana hay siempre una secreta raíz de mal, dispuesta á brotar al menor cultivo que se la dé. De este modo, lo que allí podía presentarle un obstáculo, le ofrece aquí un aliciente. Desplega, pues, sus talentos, su hermosura, sus senti-

mientos, y la victoria, si no es fácil, tampoco imposible. Hé aquí la mujer, ó como el Angel del Bien, ó como el Coniô del Mal.

IV.

El lector ha visto en los capítulos precedentes cómo consideramos á la mujer, yendo á buscarla tal cual salió de las manos del Divino Creador; cómo inquirimos los delicados sentimientos de su purísimo corazón, estudiándolos subjetivamente y con entera independencia de su ser material; cómo, asimismo, reconocimos después las causas que la transformaron; veamos ahora cómo emplea ese doble resorte de su sentimiento, en su acción con los sentimientos del hombre.

Pero esta tarea sería por demás árdua para nosotros, si intentáramos describir todos y cada uno de los diversos tipos que la sociedad moderna encierra. Baste, pues, á nuestro propósito presentar en algunos cuadros aquellos caracteres mas sobresalientes.

El primero que á nuestra consideración se ofrece, es el del hombre cargado de vicios, que por el capricho de un momento, ó por una especulación puramente mercantil, se para ante una inocente y hermosa criatura, como fascinado por su belleza. Y se para y manifiesta á ella, no tal cual es, sino simulando virtudes que no tiene, aparentando méritos relevantes. La infeliz oye sus palabras y siente latir su corazón... ¡Ah! ¡Qué horizonte tan risueño comienza á dilatarse en su derredor! ¡Qué de esperanzas! ¡Qué de ilusiones!

Y el hombre gastado permanece en tanto impasible ante la vista de aquel tesoro que su cinismo é hipocresía no le permiten valuar.

La víctima cae, al fin, en las garras del sacrificador; y unidos por ese vínculo indisoluble del matrimonio, sabe todo el mundo que, aunque dos en sus cuerpos, deben en cuanto al alma componer uno sólo, un sólo modo de pensar. Y bien, ¿qué identidad, qué unión de espíritus pueden formar tendencias y caracteres opuestos?

Cuando al hombre no han guiado otras miras que las de un sórdido interés, es muy difícil se detenga á observar una práctica de costumbres y un tratamiento con su esposa, que él tendría por melindres. Entonces ella habrá de acomodarse á nuevos usos, á nuevas costumbres, adquiriendo otros hábitos muy distintos y opuestos á los que recibió, ó bien quedarse relegada á un olvido glacial en el fondo de su casa, lamentando un amor en que ha soñado, pero nunca conocido.

A la juventud generalmente la caracteriza cierto despego y desprendimiento en las riquezas, que no se advierte ya con tanta frecuencia en las otras edades de la vida; y si antes bien lo contrario es quizá lo que sirve para distinguirlas. Y ese carácter muéstrase todavía mas marcado en la juventud femenil. Una joven por lo comun no se cuida, ni para mientes en lo que tiene ó deja de tener. Y no porque sus intereses no la preocupen también de vez en cuando; pero esa preocupación de sus haberes nunca será mas que como un estímulo, como un aliciente que en ellos mire, para conquistarse el amor de un hombre, y dárselos, á trueque de que él la haga feliz con su cariño. La mujer no tiene otra ambición que el amor. No desconocemos que hay muchas escepciones de esta regla, que sentamos como general; pero las escepciones aquí, no siendo lo mas honroso ni propio á la delicadeza femenina, no son, por tanto, acreedoras á que nos ocupemos de ellas.

Atendiendo sólo, pues, á esa circunstancia é inclinación natural á que propende la mujer, ¿qué desengaño tan funesto no deberá ser el suyo, cuando vea defraudadas sus ilusiones y las esperanzas aquellas que cimentara en las riquezas? ¿Qué pesares, cuando vea que éstas no han servido mas que para llenar el vacío de un corazón, y abrir en el suyo otro vacío?

Pues bien; volvamos ahora á nuestra hipótesis primera, que, aunque accidental, es posible. Figurémonos que aquel hombre afortunado, (ó desgraciado le cuadraría mejor), que aquel hombre, decimos, abandonándose á orgías, juegos ú otros excesos de este jaez, desbarata y concluye con la fortuna que le trajera su esposa. ¿Qué suerte, qué porvenir, si no es ya un presente, se le depara á la infeliz?

Y ten en cuenta, lector, que ya damos de barato que semejante hombre llegue á conocer sus yerros, que procure en lo sucesivo la enmienda de sus faltas, y que en tanto, para la pobre cónyuge empieza á lucir una nueva aurora de amor. ¿Será por eso mas feliz? Tal vez la cuitada se lo figure, pero en el fondo y en la realidad nunca podrá tenérsela por perfectamente dichosa, mientras esa dicha la compra á costa de lo que necesita para vivir.

V.

Nuestra escena viste la misma decoración, si bien los personajes ya no son los mismos. Es el verdadero enamorado.

En riquezas y en fortuna es en lo que él menos piensa. Amar y ser amado es su divisa; y con sólo este pensamiento, se conceptúa feliz. ¿Y el destino de en-

trambos? ¿Y la vida y su posición futuras? Al hombre y no á la mujer es á quien incumben esos cálculos, por otra parte justos y razonables. ¡Ah! Pero ¿á dónde vamos á parar? El amor es poesía, y ¿quién desciende á ese prosaismo? ¿quién á la frialdad de esos cálculos desde las alturas del Olimpo?

Si, el amor es poesía; pero no lo son los amantes hasta el punto de prescindir de sus necesidades.

Con todo, esta clase de amantes no deja también de formarse planes de una vida futura; pero esos planes y proyectos, engendrados allá en los delirios de su fantasía, no tienen mas consistencia que el vaporoso ideal de que están formados. Un rayo de verdad los desvanece y disipa, llegado que es el momento de ponerlos por obra.

Figurémonos, un amante, absorto todo él con el pensamiento de una mujer, que en ella limita sus deseos y aspiraciones todas, y que no ve, ni oye, ni entiende mas que la idea de su amor; ¿podrán preocuparle gran cosa sus destinos futuros? Nada de eso. El y su adorada encuéntranse encumbrados en las regiones de un amor purísimo, platónico, como ellos dicen; pero en el que Platon nunca soñó, ni se le pasó por las mientes, sino que plugo nombrar así á los amantes, porque de otro modo no podría calificarse idea tan estravagante.

Y á propósito de amor platónico; por si acaso lo ignoras, lector, y te acontece alguna vez en la vida oír hablar de semejante amor, conviene sepas, que Platon, á quien se atribuye, nunca supo amar otra cosa que las concepciones metafísicas de su entendimiento; las que, por razón de estar aisladas del centro de la revelación y enseñanza divinas, nunca tampoco fundaron en filosofía, componiendo sólo un caos de utopías y estravagancias que á nada conducen ni á nada se aplican, porque á nada tienen aplicación.

Y en verdad, que los tales amantes no han discurrido del todo mal al colocar al lado de unas ideas como aquellas un amor que se las parece. Pues qué, ¿habrá cosa mas rara, ni mas escéntrica, que pretender la existencia de un amor destituido de las gracias de la hermosura, de los dones del talento, del atractivo de las riquezas, y hasta de las prendas del alma? Pues tal es, ni mas ni menos, el que esos amantes sueñan.

¡Amor irrisorio, si una experiencia cotidiana no nos presentara de él funestos desengaños!

Esas gentes, esos seres, fórjanse allá un amor que ni ellos mismos con el resto de los hombres pueden, ni podemos concebir con respecto á la Divinidad. Nosotros amamos á Dios; pero nuestro amor á Dios, reconoce un motivo. ¡Ah! es que éste también le reconoce, manifiesto ó latente... El amante idealista llega á ser esposo; encuéntrase ya en posesión de todo lo que él podía apetecer; pero á esta posesión sobreviene la falta de recursos de subsistencia; ó bien la afortunada cónyuge aparece con lunares en su alma ó en su cuerpo que antes no descubría, ó bien el amante descubre también otros que el amor le hacía ocultar, y hé aquí que todo aquel ideal se derrumba de su altura y viene á fracasar, por último, entre los escollos de una realidad y desengaños crueles.

JOSÉ LLANO Y ALVAREZ.

SANTA MARIA DE VERUELA.

La fundación de este célebre monasterio, del cual ya hemos tenido ocasión de hablar á los lectores de El Museo al publicar la vista de su entrada, se debe al famoso príncipe de Aragón, don Pedro Atares, señor de Borja. Refieren las crónicas, y en la localidad se conserva aun la tradición de esta maravilla, que sorprendido el piadoso magnate por una horrible tormenta en las faldas del Moncayo y en lo mas intrincado y espeso del monte, creyendo su hora llegada, se encomendó tan de veras á la Virgen, á quien profesaba particular devoción, que la Divina Señora, movida por sus ruegos, descendió á la tierra, calmó la tempestad, y después de significarle el deseo de que se erigiese allí un monasterio en memoria del milagro, desapareció, dejando, en el lugar que ocupaba, la santa imagen que le prestó nombre.

La fábrica, una de las mas suntuosas é imponentes que se conservan de su época, comenzó á elevarse en 1146, quedando terminada en 1151. En su traza y disposición puede estudiarse uno de los monumentos que mas interés ofrecen en la historia de las transiciones arquitectónicas. El templo, cuya portada es bizantina, ofrece en el interior mas de un ejemplar del arco apuntado, y en el claustro, que fue la parte que se concluyó últimamente, y que es un primero y rudo ensayo del estilo ojival, se notan muchos detalles y líneas que conservan el carácter del gusto románico, que empezaba á desaparecer.

Habitado por religiosos de la orden del Cister, una de las mas ricas y que mas monumentos han dejado en nuestro país de su inteligencia y su gusto por las artes, el monasterio de Santa María de Veruela, creciendo de día en día en importancia, sufrió en épocas posteriores modificaciones muy notables, pu-



EL ESTIO.

diéndose decir que cada siglo ha dejado en él una hermosa muestra de su arquitectura. Entre estas nuevas edificaciones, la que contribuyó á darle el extraño carácter entre religioso y guerrero que aun conserva, fue la que llevó á cabo el abad don Lope Marco, al cual se deben las altísimas y fuertes murallas que lo circundan, la magnífica galería del gusto renacido, llamado de *los azulejos*, y algunas otras importantes obras que mas tarde se completaron con la construcción del claustro nuevo, el palacio abacial y varias dependencias y oficinas.

La vista general del edificio, que ofrecemos hoy á nuestros lectores, da una idea de sus grandes proporciones y del carácter particular que ofrece la parte de fábrica construida en los siglos XVI y XVII. Los detalles del claustro antiguo, en donde se encuentran las tumbas de los hijos del fundador, y en cuyo suelo descansó largos años bajo una losa humilde el mismo don Pedro Atares, dan á conocer la extraña mezcla del estilo ojival y el románico, cuya misteriosa fusión tenía lugar en los momentos en que comenzó á construirse.

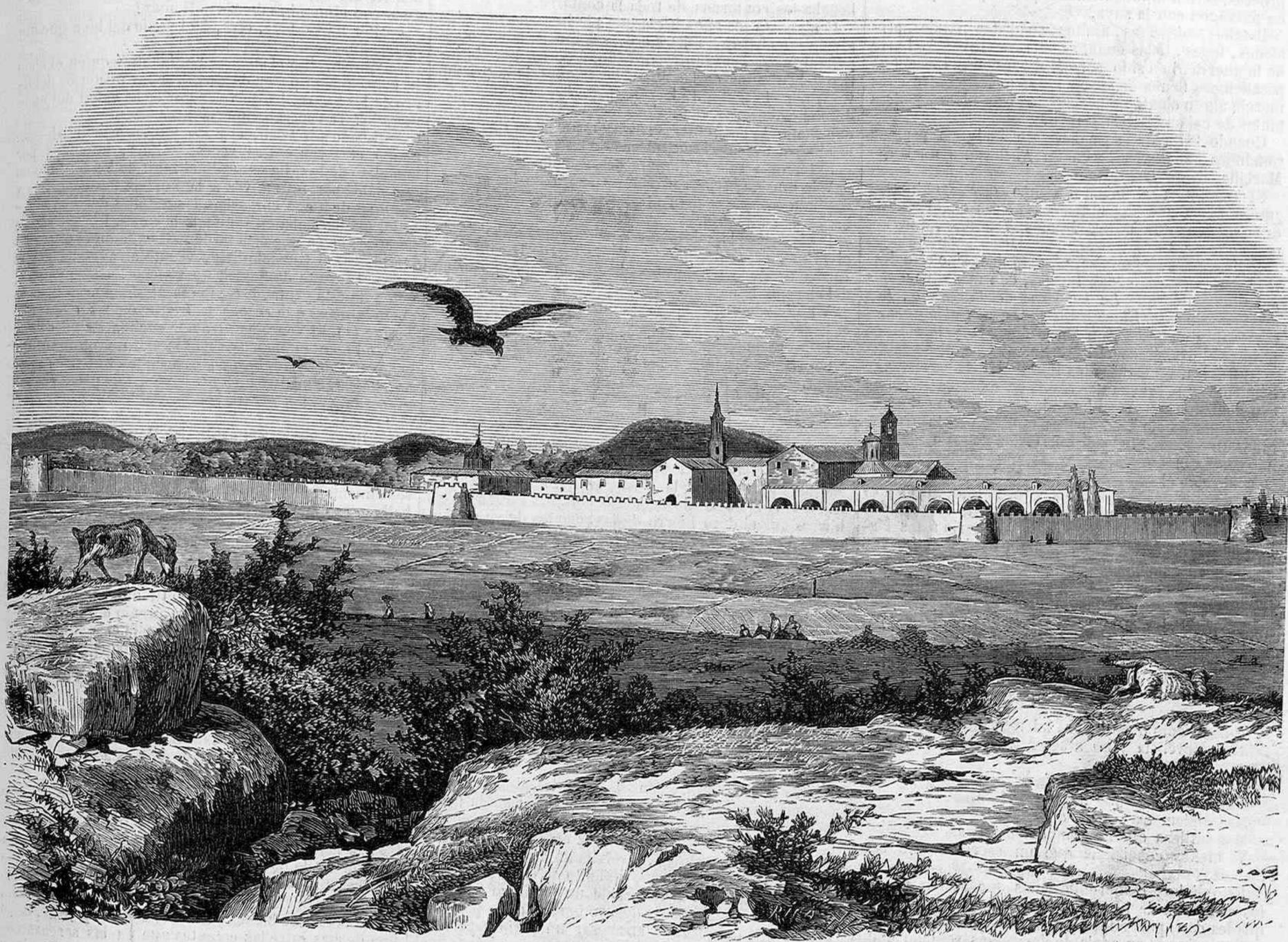
LAS PETICIONES Y LOS PEDIGÜEÑOS.

I.

Estamos en un mundo tan miserable, que no podemos vivir los unos sin los otros.

Esta es una verdad innegable.

Así, pues, sucede que, como estamos en continuo contacto un día y otro, un mes y otro mes, un año y otro año, nace en nosotros la confianza, y de ésta la franqueza.



SANTA MARIA DE VERUELA EN ARAGON: VISTA GENERAL DEL MONASTERIO.

La franqueza suele ser en España una de las cosas mas perjudiciales.

¿Queréis saber por qué?

Hoy tengo yo dinero.

Mañana no le tengo.

Suponed que cuando le tenia, le gasté por dos motivos enteramente distintos, pero que vienen á dar idéntico resultado.

1.º Le gasté, porque me hacia falta gastar.

2.º Le gasté, porque no me hacia falta gastar.

El resultado de ambas cosas, viene á ser, si no me equivoco, quedarme sin dinero.

Un hombre sin dinero, es como un caballo sin piernas, un coche sin ruedas, un vapor sin combustible.

Quedamos en que gasté el dinero, y esto no tiene nada de particular, ni en ello nunca pecamos, porque la misma naturaleza nos sirve de maestra.

Todo lo que nace muere.

¿Y por qué la muerte es el término de la vida?

Por que ésta se gasta.

Pues si lo que es obra de la naturaleza, sabia creación del Dios omnipotente, se gasta, ¿por qué razón no ha de gastarse tambien lo que es obra del hombre?

Obrar de otro modo seria contrariar las sabias leyes de la naturaleza, y aunque el hombre es parte de ella, nunca debe querer compararse en perfección al todo de que es uno de sus componentes.

Dios, al castigar al hombre por su desobediencia,

le dijo: «Y de aquí en adelante vivirás con el sudor de tu rostro.»

Y el hombre vive como Dios le dijo. Y cuantas mas gotas de sudor derrama para vivir, mas justifica que el Supremo Creador no se equivocó al decir que sudaría.

De aquí resulta, que el hombre, cuanto mas suda, mas sufre.

Y dicen las *Bienaventuranzas*:

«Bienaventurados los que sufren, porque ellos serán consolados.»

Y ahora pregunto yo:

¿Cuántas cosas hay que causen mas sudor en este mundo que no tener dinero?

¿Cuándo se sufre mas, que cuando no se tiene dinero?

¿Tiene algo de particular que cada hombre de por sí trate de ser un bienaventurado?

No.

Esta es precisamente la razón porque instintivamente gasta cuanto tiene.

Porque gastándolo, suda, para encontrar mas.

Porque sudando, sufre.

Porque sufriendo, es bienaventurado.

Y bien sabido es que los bienaventurados tienen su reino en el cielo.

Reasumiendo, ó mejor dicho, ordenando y aclarando, y aun mejor todavía, volviendo la oración por pasiva:

Al hombre le hace falta para ir al cielo, ser bienaventurado.

Para ser bienaventurado, sufrir.

Para sufrir, sudar.

Para sudar, no tener dinero.

Para no tener dinero, gastar.

Para gastar, tenerle.

Para tenerle, ganarle ó pedirle.

II.

¿El que pide por oficio, gana?

Indudablemente, si le dan.

¿Es legítima su ganancia?

¿Quién lo duda!

Trabaja, y cuando su trabajo adquiere recompensa, ésta es el premio de su trabajo.

Y hay que advertir, que el pedir es una de las cosas mas penosas que hay en este mundo, tanto para el estudiante en el arte ó ciencia petitoria, como para el que ya tiene ganada á fuerza de años y peticiones la borla de doctor.

El primero sufre, porque se avergüenza al pedir.

El segundo, porque ya no le dan.

Una contra tiene esta carrera, y es que los que la siguen sin tener otra, suelen dar con el individuo en San Bernardino, en el Hospital ó en el Saladero.

Yo conozco un personaje que dice, que el que trabaja para vivir es un tonto.

Hay que advertir, que el tal personaje no tiene mas que el día y la noche.

Se hace la ilusión de que no trabaja, y vamos á probar que trabaja mas que otro cualquiera. Trabaja mas que un novelista, porque inventa cuentos sin número para ablandar el corazón de sus parroquianos; pero no cuentos sencillos, sino llenos de lances y peripecias de todos géneros.

Estos son adecuados al carácter ó inclinaciones de la persona que hace el papel de víctima.

Si la persona que escoge por blanco de sus peticiones es un bravo militar, le endosa una historia, que la de Bernardo del Carpio, la del Cid, la de Atila, y finalmente, la de cuantos hombres han brillado por sus proezas, serían indudablemente pálidas, si se pusieran en parangón con la suya.

Batallas, sorpresas, asaltos, combates navales, prisiones, fugas, todos cuantos horrores inventó el arte de la guerra, han sido para él diversiones inocentes, pasatiempos llenos de gracia, aun cuando entre ellos mezcle algun ciento de heridas de arma blanca y otras tantas de cañon, pistola y fusil.

Cuando trata de sacar el dinero á alguna persona romántica, se convierte en un Abelardo ó un Diego Marcilla.

Si romántica al mismo tiempo que aventurera, ¿quién niega que hay muchas mujeres en el mundo que pueden dar á luz Juanes Tenorios, Lovelaces, etc., etc.?

Si dramática, improvisa, no digo uno, sino cien dramas, con mas lances y peripecias, con mas situaciones despeluznantes que *La hermana del Carretero*, *Los hijos de Eduardo*, *El campanero de San Pablo* y cuantos dramas pudieron salir de la fecunda y terrorífica pluma del dramático Bouchardy.

Si trágica, no escasea los infanticidios, los envenenamientos y todas cuantas clases de muertes se conocen y pueden conocerse hasta la terminacion del mundo, acompañando á sus palabras movimientos exagerados que revelan todo el horror del cadalso, del puñal y del veneno.

Y no sólo el pedigüño es novelista, necesita interesar demasiado al espectador, y por lo tanto, le es preciso ser un cómico consumado, porque sólo de este modo puede dar todo el colorido necesario á sus farsas, colorido sin el cual no le sería posible interesar á su auditorio.

Un paso atrás y otro adelante, un abrir y cerrar de ojos á tiempo, un movimiento de brazos mas ó menos violento, una inclinacion de cuerpo ó de cabeza, una corcova, un salto, una contraccion muscular, pueden influir en gran manera en la paciencia y en los sentimientos del que escucha, y esto equivale para el que pide á treinta, cuarenta, cincuenta ó sesenta reales mas ó menos.

El pedigüño debe tener, ad más de las cualidades de buen novelista y buen actor, *mas piernas* que un cartero.

Mas paciencia que un confesor.

Mas sangre fria que un torero.

Mas diplomacia que un embajador.

Mas sutileza que un tomador del dos.

Y menos conciencia que un escribano sin conciencia.

Esto dicho, comprenderemos que llamar *vagos* á los que viven de lo que piden, ó mejor dicho, de lo que les dan, pidiendo, es una inexactitud.

De aquí para en adelante dejaremos sentado que la *peticion* es una industria como otra cualquiera, y que para que dé buen resultado hace falta lo que para otra cualquiera carrera, arte ú oficio, esto es, ser una notabilidad en su género.

JUAN DE LA PUERTA VIZCAINO.

HALEWA.

LEYENDA ARABE.

INTRODUCCION.

¡Loado sea Aquel, cuyo reinado no finará, cuyo imperio no tuvo principio!

No hay otro Dios que Dios. Él dió luz al sol, carmin á la aurora, arenas al mar, flores á los campos, fragancia á las flores y armonía á las auras; el fuego del rayo, el fulgor del relámpago y el estampido del trueno publican su poder, que es inmenso; de la nada hizo el mundo, y un solo acto de su voluntad bastaria para destruir cuanto existe.

Su justicia no tiene límites: ¡desventurado el pecador maldito, porque mas le valiera no haber nacido ó morir ahogado por el soplo del *Simum*! (1)

Y como su justicia, es su misericordia: ¡bienaventurado el que se arrepiente en el Señor, porque aunque sus pecados fuesen tan grandes como la tierra y tan numerosos como las estrellas de los cielos, le serian perdonados!

(1) Viento del Desierto. Se anuncia con gran ruido; á su llegada el cielo parece como inflamado. Mata por la sofocacion, y aque-los á quienes abraza son reducidos á polvo apenas se les toca.

¡Alabanza á Aquel que da y quita cómo y cuándo quiere los bienes y males de la vida, á Aquel cuyo reinado no finará, cuyo imperio no tuvo principio!

I.

LA GRUTA DEL MAGO

I.

En los días del príncipe Alhakem-ben-Abderrahman-ben-Mahomed (la gloria de Alláh sea con él) existía hácia el Norte de Sierra Morena, al pie de un risco de elevada cumbre, una gruta cuya puerta velaba el misterio, y cuyo nombre, conducido en alas de la fama, llenaba los contornos de toda la comarca.

Centenares de años hacia que pie humano no habia pisado aquel paraje misterioso, sin que su silencio sepulcral fuese jamás interrumpido, á no ser por el cántico del ruiseñor en las apacibles noches de la primavera, por el arrullo de la tórtola en las calurosas tardes del estío ó por el zumbido del viento del invierno, que azotando las higueras silvestres, silbaba con quejumbrosos ayes en los agujeros de las peñas.

El terror precia al nombre de la gruta.

Y la muerte, segun el comun sentir de las gentes, seguía á los que osaban atravesar los grotescos umbrales de su puerta.

Decíase que la habitaba un mago, cuya alma desde el primer canto del gallo hasta la luz de la alborada, volaba acompañada de los espíritus malignos en torno del elevado risco.

Y no faltaban quienes asegurasen ser aquella la morada del mismo *Eblis* (1).

Esta era la gruta que habitaba el sabio Saulgalib, conocida en Córdoba con el nombre de *La Gruta del Mago*.

II.

La hora de *alajá* (2) seria de una melancólica tarde de otoño, cuando por una de las gargantas de Sierra Morena apareció con la velocidad del huracan un caballo, el cual oprimido cada vez con mas fuerza en los hijares por el duro hierro de los acicates de su dueño, corrió á todo correr, saltando breñas y peñascos en direccion á la morada del hebreo.

Apenas el ginete hubo llegado á ella, apeóse, ató del tronco de una higuera al corcel; y echándose hácia atrás el capuz del jaique, fatigada la respiracion y arrojando mares de sudor la frente, dió en la entrada con el pomo del yatagan tres golpes, que repitieron lúgubremente desde dentro los ecos de la caverna misteriosa.

Trascurrieron unos breves instantes.

El árabe, impaciente en extremo, se asomó á una de las rendijas de la puerta, aprestándose á empuñar segunda vez el yatagan, para repetir nuevamente los golpes.

Pero de pronto hirieron sus oídos las pisadas de una persona que se aproximaba y luego su vista la figura de un esclavo etiope, quien, con una gran lámpara de hierro de azulada y misteriosa luz en la mano, abrió, dejó pasar al musulman, y volviendo á cerrar le indicó que le siguiese, con un movimiento de cabeza.

Echaron á andar al través de un pasadizo, oscuro, lóbrego, nauseabundo; descendieron luego por una escalera, y despues de atravesar un patio espacioso, cubierto de flores y de musgo, se detuvieron á su final delante de un magnífico pórtico de arcos calados y columnatas de alabastro.

La puerta del pórtico se abrió por sí misma, como por arte de encantamento, y el esclavo desapareció, sin saberse por dónde, de ante los ojos del creyente.

El cual, andando, andando, avanzó hasta dar en un pequeño aposento circular, de paredes toscas y negruzcas, cubiertas de quiera de signos cabalísticos, dibujados en tintas diversas y caracteres peregrinos.

Suras (3) del Korán, versículos de la Biblia y el nombre de Jehová, repetido hasta siete veces en el techo, de cuyo centro pendía una lámpara de luz rojiza, moribunda; ánforas, redomas y retortas, de varios tamaños y formas singulares, por el suelo; pomos, que contenian líquidos de los siete colores del Iris, entre multitud de pergaminos sobre una mesa mugrienta, roida por los años; todo esto se ofreció al muslim, que se adelantó impasible hasta el interior del aposento.

En cuyo fondo, un hombre, viejo, delgado, de aspecto grave y mirada sombría, envuelto en una ancha hopalanda negra y sentado en un escabel de tres pies, completaba lo raro del cuadro.

La barba del anciano era blanca como las espumas del Bab-el-Mandeb y luenga hasta descansar en el libro *infolio* en que leía.

(1) El diablo. Los musulmanes aseetas cuentan cuatro enemigos del alma: *Eblis*, diablo; *Dunia*, mundo; *Nefs*, apetito; y *Hewa*, amor.

(2) Al oscurecer. Los árabes oviden el tiempo por las horas de sus oraciones ó azalaes; así dicen: hora de *ozohbi*, hora del alba; de *adoha*, de día claro; de *adohar*, al medio día; de *alazar*, á media tarde; de *almagrib*, á puestas del sol; de *ataema* ó *alajá*, al anocheecer, entrada la noche.

(3) *Sura* vale tanto como *capitulo*, en 114 de los cuales está dividido el Koran.

Su frente espaciosa se hallaba surcada por las arrugas del tiempo.

Sus ojos, perfectamente redondos, pequeños é inquietos, lanzaban una luz fosforescente, semejante á la del brillante en las tinieblas.

Cubria su cabeza de cabellos blancos y lácios, un gorro amarillento, cónico, sumamente alto.

Su diestra empuñaba una vara mágica de oro. —¡La paz de Jehová sea con el príncipe de los ingenios del imperio!—dijo el mago, levantándose del escabel y dirigiéndose al creyente.

—¿Acaso,—esclamó éste,—conoce al amante desventurado el sábio de la gruta de Sierra-Morena?

—¿Quién no conoce en Córdoba al poeta de los poetas, favorecido de Alhakem, al preclaro Jusuf-ben-Harumben-Arramedí, saludado por el genio de las mil lenguas con el nombre de Aben-Hamar?

—¿Por mi ventura, eres tú el genio del bien que me impele á venir á este recinto?

—¿Quién, sino el anciano Saulgalib, á quien el cielo ha concedido el poder de descifrar los misterios del libro de los hados, ha de velar por la felicidad del enamorado? Te esperaba impaciente.

—¡Loado sea Allah, el justo y misericordioso!—esclamó el jóven.—Dos veces la luna, inundada por completo de luz, ha ocupado el zenit de los jardines en que hablé por última vez á la huri de mis ensueños y lágrimas de fuego abrasaban las mejillas del desventurado, que buscaba en vano á la hermosa luz de su esperanza, hasta que esta tarde, saliendo de caza por las márgenes del Guadalquivir, ví que atravesaba por el arco del puente de Samak un vencejo, negro como el fondo de esta gruta, excepto las alas que eran blancas como la nieve que corona la frente de los montes de Afranc (1). El vencejo cruzó por encima de mi cabeza lanzando un chillido lastimero; miré y observé que pendiente del pico llevaba una cinta. Entonces armé una flecha, disparé, y el ave cayó á mis pies, ensangrentada. ¡Ah! ¡Cuál fue mi gozo al leer escritas en la cinta estas palabras?

—«Corre, corre á la gruta del Mago, si quieres hallar á tu Halewa.»

Palpitante el corazón, preocupada el alma por un sentimiento inexplicable, volé á Córdoba, monté á caballo, y con la velocidad del huracan llegué á la puerta de esta gruta. Tú, sábio hebreo, que lees en el libro del Destino, dime quién es la amada de mi alma, manifestándome qué he de hacer para volver á hallar á la que entristece mis sueños con su ausencia.

—He visto esta tarde escrito tu nombre en las páginas del misterio, y por eso yo, genio del bien, que te protejo, te he inducido á venir hasta este sitio. El que todo lo puede, compadecido de tus lágrimas, te permite saber tu porvenir; pero antes he de saber yo de tus labios la historia de tus amores con Halewa.

Y Saulgalib ocupó el escabel, ofreciendo otro al poeta para que se sentara.

Aben-Hamar obedeció, miró al hebreo, y exhalando un suspiro penetrante, comenzó de esta suerte su relato:

III.

—Hallábame sentado al pie de la Fuente de las Perlas á la hora de *almagrib* (á la puesta del sol) de una apacible tarde de la luna de *Regeb* (2), cuando al espirar los últimos rayos del astro luminoso en el rosado lecho de Occidente, vi pasar por los jardines de Meruan, envuelta en una blanca y flotante túnica de seda, como una de esas estrellas errantes que en las serenas noches del estío cruzan fugaces el anchuroso espacio, á una mujer, á una niña, como jamás humanos ojos habian visto.

Al pasar por delante de la fuente, la niña se detuvo, me miró, y una sonrisa de amor se dibujó en sus labios, semejante á la sonrisa del tulipan besado por las auras de la alborada.

Enagenado por la pasion, sin acertar á darme cuenta de lo que me sucedía, me levanté precipitadamente para dirigirme á la amada de mi alma, tan misteriosamente aparecida.

Pero en el momento de dar el primer paso, la hada desapareció en el confuso laberinto de los árboles, viéndome obligado á retirarme preocupado, cabizbajo, triste como la flor á quien arrancan de su tallo.

Una vez el astro del día habia dorado las feraces espigas de los campos desde tan singular aventura, sin que en aquellas doce lunas volviesen mis ojos á ver á la hija de las gracias; cuando una tarde, despues de entregar al califa unas casidas de versos, me encaminé hácia el puente del Samak en direccion al lugar, donde la huri de mi corazón me habia tan despiadadamente cautivado.

El sol lanzaba voluptuosamente sus postreros destellos sobre la frente de Sierra-Morena.

Sentado al pie de la fuente, en el mismo sitio desde donde habia visto hacia un año por primera y única

(1) Los Pirineos.

(2) Julio. Los árabes cuentan sus meses por lunas, de este modo: *Muharran*, enero; *Safer*, febrero; *Rabié 1.*, marzo; *Rabié 2.*, abril; *Gumada 1.*, mayo; *Gumada 2.*, junio; *Regeb*, julio; *Xaban*, agosto; *Ramazan*, setiembre; *Xawal*, octubre; *Dijcada*, noviembre; diciembre.

vez al adorado objeto de mi amor, me puse á contemplar abstraído el magnífico panorama que ante mi vista se ofrecía.

La tímida luz del crepúsculo comenzaba á colorar fantásticamente el horizonte.

Reinaba la mas completa calma.

No parecía sino que la naturaleza trataba de agotar los tesoros de sus encantos.

Todo en tan poéticos instantes convidaba al placer, á la voluptuosidad, al amor.

De pronto, hirió mis oídos un ruido agradable, semejante al producido por un vestido de seda al pasar por entre las hojas de los flores.

Volví los ojos.

Y mi asombro no tuvo límites.

Porque miré y ví delante de mí á la misteriosa belleza de mis amores.

Risueña como la primavera, pura como las brisas de la mañana, ligera como una mariposa y bella como una rosa del Hedjaz, se acercó á la fuente, saludándome con gracia celestial, indescriptible.

Asombrado en presencia de tal prodigio, sin acertar á articular palabra, figuréme que lo que veía era sólo ilusión de los sentidos.

Aquella niña parecía hebrea por su traje.

Por su hermosura no era sino una huri del sétimo cielo del Profeta.

Vestía una falda verde, adornada de dos largas tiras, bordadas de oro, que se revolvían en su parte inferior, y un corpiño de terciopelo azul, ajustado perfectamente al pecho, sobre el cual descansaba una especie de almilla, blanca, igualmente bordada y libremente suelta.

Las mangas de una camisa, rizada como las aguas del Océano, ceñían en sus estremidades los puños de sus manos diminutas; calzaban sus pequeños pies unas zapatillas con preciosísimas labores de plata; y una primorosa *sifa* (1), adornada de perlas y esmeraldas, coronaba su frente encantadora.

¡Dichosos los ojos que admiraron aquel portentoso!

Porque su tez era blanca como la azucena; y por sus ojos, azules como el cielo de una noche serena de estío, sonreía el mismo Allah, estasiado en su propia grandeza.

Su cuello de cisne, terso como el alabastro, era esbelto como el de la gacela del Atlas; y su talle, besado por una luenga crencha, acariciado por las auras de quince primaveras, mas rubia que el sol y mas suave que la seda de Persia, se movía gentil cual la trémula palma del Desierto.

El tono de su habla, á que daban salida dientes de perlas y labios de rubí, era tan dulce que regalaba los oídos, entrándose por ellos en el alma hasta aprisionar el corazón.

¡Ah! aquella niña era la hada de las hadas, la huri de las huries, el amor de los amores, la flor de la hermosura, la alegría del Edem, la sonrisa de Allah. ¡El la bendiga!

(Se continuará).

ABDON DE PAZ.

MUERTE Y VIDA.

Dos soles son los ojos
de una morena,
tan grandes y tan negros
como mis penas.
¡Quién se abrasara
en el fuego divino
de sus miradas!

Los ojos de las rubias
son dos luceros
que brillan en la noche
de mis recuerdos.
Cuando me miran
se conmueve mi alma
gime y suspira.

Si me matan traidores
dos ojos negros
la vida me dan otros
que son del cielo.
¡Benditos sean
los ojos de las rubias
y las morenas!

J. J. JIMENEZ DELGADO.

«Al pie del elevado monte de la provincia de Valencia, llamado Monduber, dice un periódico de aquella capital, existe una caverna notable de hoy mas por haber descubierto nuestro querido amigo el geólogo señor Vilanova, datos de la mayor importancia para la historia de nuestro planeta y la del hombre. Consiste este

(1) Especie de diadema.

precioso hallazgo en una cantidad prodigiosa de huesos fósiles ó petrificados, de animales que ya no existen, por haber perecido en la gran catástrofe del diluvio, mezclados con gran número de instrumentos de pedernal que el hombre destinaba en aquella época primitiva á satisfacer las mas apremiantes necesidades de la vida.

La coexistencia de huesos y objetos labrados de pedernal en las cavernas, objeto hoy de predilección para los sabios de Europa, supone la contemporaneidad del hombre y de los animales que dejaron de existir en el diluvio; circunstancia que, al paso que confirma la revelación, hace remotar el origen de la especie humana á una época mucho mas lejana de lo que vulgarmente se ha creído hasta el día.

Este hecho, debido al celo de nuestro paisano por la ciencia geológica, es el primero de que tenemos noticia en la península; y no sólo ha sido confirmado por el mismo profesor Vilanova en la *Cova Negra*, junto al nacimiento de las aguas de Bellús, en donde también encontró huesos fósiles y objetos de pedernal, sino que se propone nuestro amigo ampliar mas estos datos, explorando dentro de poco muchas cavernas que existen en la provincia y que prometen abundante cosecha para la etnografía.»

En tiempo de los Faraones, las elegantes egipcias se vestían con unos tejidos tan transparentes, que al través de ellos se veían todas las formas de sus cuerpos. Montfaucon, en su *Antigüedad esplicada por figuras*, nos ha transmitido un dibujo muy curioso de esta especie de vestidos. Las griegas y las romanas llevaron por mucho tiempo un vestido de gasa tan transparente, que se llamaba vestido de cristal, nube ligera, viento tejido. El cuerpo de la mujer se encontraba debajo de esta tela como en una caja de vidrio. Plinio dice con este motivo: «No se debe privar á la bella *Panfília* de la gloria que le pertenece, por haber inventado un vestido que presenta á la mujer enteramente desnuda.» Varron reclamó contra los *vestidos de vidrio* que llevaban en su tiempo las mujeres, y Séneca los censuró de este modo: «¿Es decente que una mujer honrada lleve una túnica tejida de viento, y que se presente en público bajo una nube de linó?»

En el arsenal de Portsmouth se ha hecho el ensayo de un aparato inventado por un francés, Mr. Gallibert, que permite al hombre respirar libremente en medio del humo mas espeso. Varias autoridades, y los principales oficiales del arsenal, asistieron al ensayo, que se verificó en un local preparado para el objeto, y quedaron convencidos de las ventajas del descubrimiento. El aparato consiste en un saco de tela impermeable, lleno de aire con conductos que se aplican á la boca del que lo lleva.

Cuéntase que un inglés ha tenido la curiosidad de hacer la siguiente estadística de la Biblia:

En el Antiguo Testamento hay 39 libros, 929 capítulos, 23,214 versículos, 532,429 palabras y 2.728,400 letras. El libro que ocupa el centro es el de los Proverbios. La partícula *et* se encuentra 35,543 veces, y la palabra *Jehovah* 6855. El versículo 21 del capítulo VII del libro *Esdras*; contiene todas las letras del alfabeto.

En el Nuevo Testamento hay 27 libros, 200 capítulos, 7,983 versículos, 181,258 palabras y 838,580 letras.

Reunidos el Antiguo y el Nuevo Testamento, suman en todo 60 libros, 1,819 capítulos, 31,173 versículos, 773,693 palabras y 3.566,680 letras.

El *Diario de Tarragona* habla de un importante descubrimiento que ha hecho el inspector de antigüedades, señor Hernandez. Hasta el presente, dice el indicado periódico, había ofrecido grandes dificultades el arranque, conducción y colocación de los mosaicos antiguos descubiertos en las excavaciones. Pues bien, el señor Hernandez ha inventado una especie de almástiga ó betun que hace arrollar el mosaico como se arrolla una estera, y sin mas precauciones se transporta á hombros ó en carro, segun su peso y dimensiones, al punto destinado, sin que se pierda una sola piedra. Los mosaicos así arrollados, pueden guardarse todo el tiempo que se desea, con sólo preservarlos de la humedad. Para volverlos á su primitivo estado, se llena el dorso con yeso, y queda el mosaico en disposición de colgarlo en la pared, como si fuera una pintura, ó ponerlo en el suelo como pavimento; la suma empleada en este traslado es tan insignificante, que apenas llega en totalidad á la que costaría la sola excavación por el sistema antiguo.

ARBORICULTURA.

INGERTOS DE VERANO.

Todos sabéis que las plantas se propagan naturalmente por medio de sus semillas, mas como quiera

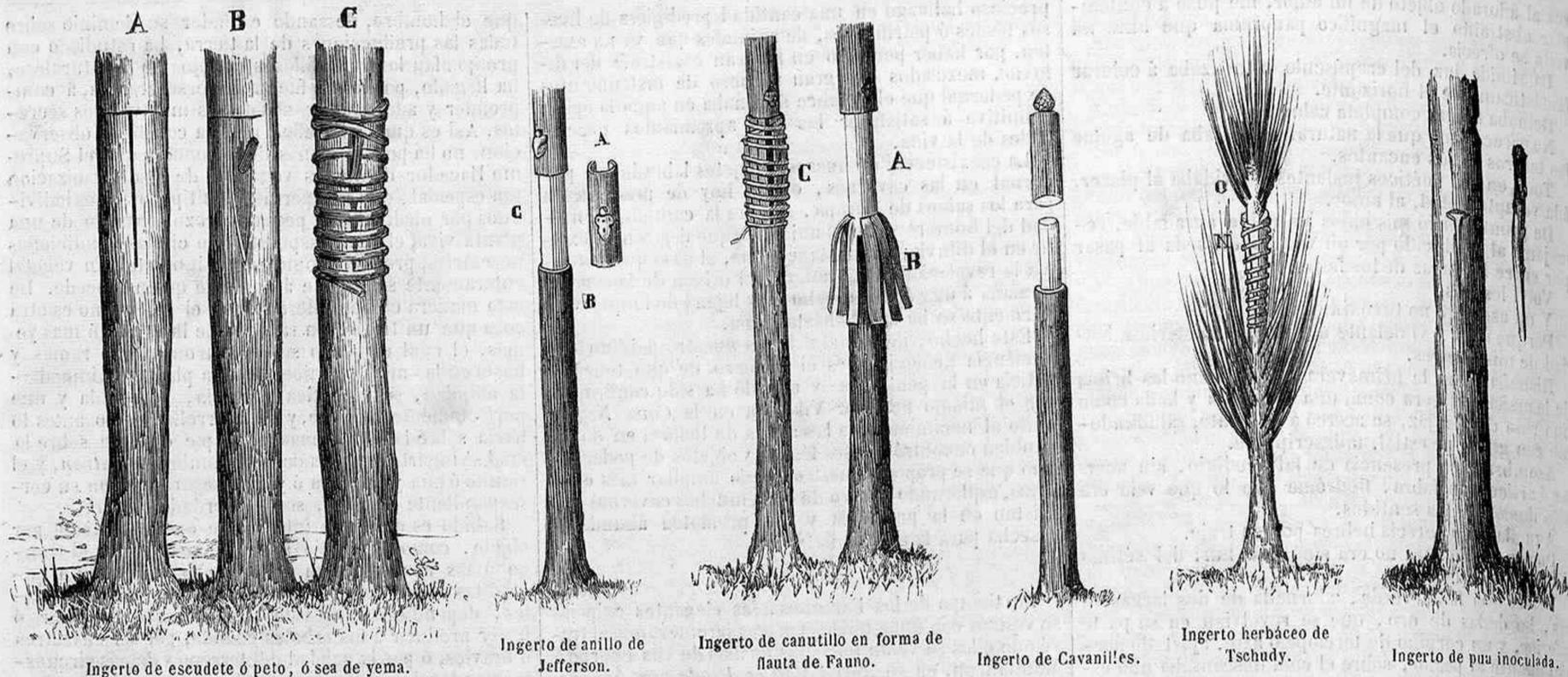
que el hombre, deseando estender su dominio sobre todas las producciones de la tierra, ha estudiado con prolijidad los maravillosos trabajos de la naturaleza, ha llegado, por fin, á fuerza de perseverancia, á comprender y admirar algunos de sus maravillosos secretos. Así es que, á beneficio de esta constante observación, no ha podido menos de reconocer que el Supremo Hacedor dotó á los vegetales de una organización tan especial, que nos permite multiplicar estos individuos por medio de un pequeño trozo separado de una planta viva, el cual, dispuesto bajo ciertas condiciones necesarias, produce, como es consiguiente, un vegetal enteramente semejante á aquel de quien procede. De esta manera comprendereis, que el ingerto no es otra cosa que un trozo, un ramito que lleva una ó mas yemas, el cual colocado sobre el tronco, las ramas y hasta en las mismas raíces de otra planta de inmediata afinidad, se identifica con ella, se suelda y une perfectamente, y crece, y se desarrolla, como antes lo hacia sobre la planta madre. Al pie ó planta sobre la cual se ingerta, se le ha dado el nombre de *patron*, y el ramito ó púa y la yema ó yemas separadas con su correspondiente corteza, son el verdadero ingerto.

Sabido es que esta interesante operación tiene por objeto, como principio general, reemplazar el tronco ó las ramas de un árbol ó arbusto por el tronco ó las ramas de otro, y como fundamentos esenciales, dependientes de esta transformación, mejorar ó hacer producir á los árboles cuando, por ser silvestres ó bravíos, ó por la calidad del terreno y demás circunstancias locales, ó son muy malos, ó no producen ninguna clase de frutos; conservar y transmitir en toda su fuerza y vigor las variedades selectas de los frutales mas estimados, y el porte pintoresco, ó el aspecto agradable, ó las vistosas y raras flores de los árboles de sombra y de los arbolillos y arbustos de adorno, y por último, aumentar la cantidad y mejorar la calidad de los productos, y hasta adelantar ó atrasar la época de su maduración.

Aunque vosotros no incurriereis en ciertas preocupaciones que aun suelen preconizarse por el vulgo de los rutinarios, acerca de la posibilidad de ciertos maravillosos ingertos, por medio de los cuales se pueden obtener flores de colores y virtudes extraordinarias y frutos que reúnan sabores imaginarios, bueno es que tengais presente que es de todo punto indispensable que exista una marcada y directa analogía entre el patron y el ingerto. Es decir, que sean variedades de la misma especie ó especies del mismo género, puesto que cuanto mas próximos se encuentren entre sí los vegetales por sus caracteres botánicos, tanto mas reúnen, como es natural, la afinidad de la savia, idénticas ó muy parecidas propiedades físicas en cuanto al grueso del tronco y á la dureza ó elasticidad de su madera, aproximada duración de la vida y demás semejanzas de organismo.

Así es que, teniendo esto presente, ya no dareis crédito, por ejemplo, al ingerto del naranjo sobre el granado, á fin de obtener frutos de carne encarnada, puesto que estas naranjas que todos conocéis, no son mas que una de las diferentes variedades del naranjo, que podreis multiplicar sobre pies ó patrones de la misma especie. Igual advertencia os debemos hacer respecto de otros muchos ingertos imaginarios que recomiendan algunos prácticos, tal vez por haberlos leído en algun libro antiguo, que tienen, segun ellos, por objeto el producir en el rosal y en otros arbustos de adorno, flores azules, negras ó de otros colores, y en los árboles frutales, frutas sin hueso ó sin pepita ó con un sabor determinado. Hechas estas advertencias, cuando vayais á ejecutar la operación del ingerto, lo hareis en un todo bajo los principios que la ciencia, la observación y las prácticas razonadas nos demuestran; ó lo que es lo mismo, si teneis en vuestras ingerteras patrones de peral, de manzano, de membrillo, de ciruelo, de guindo y demás frutales, los perales los ingertareis sobre pies de peruétano ó peral silvestre, ó sobre *franco* ó *borde*, que es el peral procedente de semilla, ó sobre membrillo cuando querais tener perales podados en espaldera, y os abstendreis de ejecutarlo sobre manzano, porque si alguna vez llegais á conseguir que prendan, en muy raras ocasiones alcanzareis lozania ni gran fruto en estas plantas, si bien alguna que otra variedad de peral, como sucede al *juaneto*, parece que suele prosperar sobre el manzano, ingertándole de cachado. Sobre albaricoquero, todas sus variedades y las del melocoton y abridor; sobre el manzano, todas las variedades de manzanos, peros y camuesos; sobre el membrillo, sus variedades, los perales y manzanos, y así con todos los demás. De esta manera conseguireis que los ingertos prendan y se verifique su íntima union con el patron, y que los árboles que resulten produzcan con abundancia y alcancen mas larga duración.

Si deseais investigar cómo se verifica esta íntima union entre estos dos individuos, no teneis mas que reflexionar que, existiendo en los botones ó yemas de los vegetales la facultad de modificar la savia que se forma por los líquidos absorbidos por otras plantas, con tal que sean afines entre sí, el ingerto podrá vivir sobre el patron, siempre que á los vasos destinados á conducir la savia cuya continuidad se ha interrumpi-



do al cortar ó separar el injerto de la planta madre, se les haga coincidir lo mas exactamente posible con los del patron que se labra ó corta, de las diferentes maneras que diremos despues, á fin de que, aplicados los orificios ó boquillas de dichos vasos los unos sobre los otros, faciliten el libre tránsito á los jugos nutritivos del patron hasta el injerto, y por consiguiente, que viva, se desarrolle y fructifique á sus espensas.

Toda vez que hayais conseguido esto, lo cual es sumamente fácil, vereis como las yemas del injerto desarrollan las primeras hojas, las cuales han de trasformar en cambium los fluidos formados por el patron; los vasos descendentes, bien sean leñosos ó bien corticales, nacerán de la base de cada hoja, y pasando del injerto al patron seguirán la via humedecida existente entre la albura y la corteza, asi como una parte de este cambium, en su movimiento de descenso, depositará á su paso la suficiente cantidad de materia orgánica para soldar los bordes de la cisura: de este modo, tendreis en un todo asegurado el éxito de la operacion y la vida y crecimiento del injerto.

Conocida ya la teoria fundamental de esta operacion, pasaremos á describir los principales y mas usuales injertos que pueden hacerse durante la estacion del verano.

Injerto de escudete ó peto, ó sea de yema.—La manera de operar en el injerto de escudete, es de todos conocida, pues tanto por su estremada sencillez, cuanto por su uso general, es practicada como mero entretenimiento hasta por los que ni aun merecen el nombre de aficionados. La época mas oportuna para llevar á cabo dicha operacion, es el mes de junio, cuando la savia se encuentra en toda la fuerza de su movimiento. De modo que, escogidas las varetas para sacar de ellas los escudetes, procurando que las yemas estén bien nutridas y sanas, que coincidan con el desarrollo del patron, y que no procedan de ningun modo de las ramas chuponas ó tragonas, se les quitarán las hojas cortando sus peciolos, pero dejando de ellos como tres ó cuatro líneas, y se meterán en una regadera ú otra vasija cualquiera que tenga agua, para que se conserven frescas. Para labrar los escudetes ó sean las yemas, se cogera la vareta con la mano izquierda estendiendo los dedos á todo lo largo, como si se fuese á cortar una pluma de escribir, y con la derecha se toma la navaja de injertar, y dando un corte circular como á unas tres líneas por encima de la yema, despues se inclinará el corte hácia la izquierda y se bajará cortando diagonalmente todo lo largo de la corteza por el costado de la yema, hasta que por la parte inferior coincida con su centro. Despues se dará otro corte igual por el lado derecho, que ha de llegar precisamente hasta encontrarse en el centro con el primero, en cuyo caso resultará la figura del peto ó escudo que ha dado nombre á este injerto. De suyo se comprende, que los escudetes se han de labrar mas ó menos anchos y largos, segun lo requiera el grueso del patron.

Teniendo preparadas las varetas de este modo, se procederá inmediatamente á abrir en la parte mas sana y á la altura conveniente del patron A una cisura horizontal, que no penetre mas que la corteza, y de una longitud proporcionada al escudete, y otra perpendicular que cortará á la primera y afectará la figura de una T. Asi preparado el patron, se desprenderá la yema ó escudete de la vareta, observando si lleva el puntito ó germen de la yema, pero sin cogarle entre los labios como algunos tienen por costumbre, y acto con-

tínuo, con la espátula de la navaja se abrirán las cortezas del patron B y se introducirá en él, colocándola de manera que coincida exactamente con la abertura superior y que la yema asome por entre los bordes ó labios de la corteza. Despues se atará con un atillo de cáñamo en rama, dando vueltas al rededor del patron, pero teniendo sumo cuidado de no comprimir demasiado, y de dejar desahogada y descubierta la yema, como se representa en C. Terminada esta operacion, no hay mas que cortar la cabeza del patron con las tijeras ó con la navaja corva ó gancha, como á unas dos pulgadas del injerto. Los frutales que con mas predileccion podeis injertar de escudete, son los albaricokes, almendros, ciruelos, melocotoneros, guindos algarrobos, naranjos y limoneros, y entre los arborescentes de adorno toda la variedad de rosales.

Injerto de canutillo.—Tambien el injerto de canutillo es bien conocido de todos vosotros, porque en diferentes provincias de España se encuentra muy generalizado. Este injerto, que no consiste mas que en un anillo ó tubo de corteza, el cual lleva una, dos ó tres yemas, separado con algun cuidado del ramito de una planta para trasladarle á otro de igual grueso despues de haberle quitado la corteza á fin de que ajuste perfectamente, deberá hacerse por junio, cuando suda el árbol y se desprenden bien las cortezas. Cuando querais practicar este injerto, no teneis mas que hacer una incision circular al rededor de la rama, tallo, tronco ó patron en que vayais á operar, eligiendo la parte mas sana, y por debajo de esta incision y á la distancia conveniente, ejecutareis otra igual, con el objeto de separar y sacar la corteza dejando la madera al descubierto. Para labrar el canutillo, elegireis una rama del grueso del patron, de la cual desprendereis el canutillo por medio de una suave torsion y le colocareis y ajustareis sobre el patron. Además de este injerto, hay otro conocido con el nombre de silbato ó de anillo, el cual no consiste en otra cosa mas que en un anillo de corteza A con una ó dos yemas, el que, despues de haber hecho otra incision igual y sacado el correspondiente anillo de corteza al patron B, se le colocará de manera que la yema coincida inmediata é inferiormente con un boton del patron, uniendo y juntando despues por medio del unguento de injertadores los dos extremos del anillo de corteza que abraza al patron.

Otra de las variedades de injerto de canutillo es el denominado en flauta de fauno, que no difiere del anterior mas que en la forma de aplicar ó ajustar el injerto, pues en lugar de separar completamente la corteza del patron, se la corta en tiritas que se dejan colgando en la base B; y toda vez que hayamos colocado el injerto en A, se levantarán estas pequeñas cintas para que abracen y cubran perfectamente sosteniéndose el todo por la ligadura C.

El injerto Cavanilles, que puede muy bien usarse en las plantas coníferas, no consiste mas que en un anillo de corteza sacado de la estremidad de un ramo que conserva intacta la yema terminal.

El injerto herbáceo de Tschudy se prepara cortando en redondo la guia terminal y herbácea hasta donde principia la consistencia leñosa del patron en el punto N, dejando una pequeña corona con hojas en la estremidad que ha de servir para llamar hácia sí la savia. Inmediatamente despues, se abre ó raja dicho patron por su mitad, lo suficiente para introducir el injerto O, cuya púa se labra en forma de bisel y se ata con un atillo de cáñamo.

Por último, el injerto de púa inoculada le podreis usar siempre que, por un accidente cualquiera, se pierda una de las guias principales de un frutal, con cuyo desperfecto queda, como es consiguiente, por aquel lado el árbol imperfecto y desguarnecido. Para evitar este defecto y conseguir lo mas prontamente posible otra rama que sustituya á la que se perdió, inmediato al sitio en donde aquella estuvo, hareis una incision longitudinal un poco mas larga que la zanca de la púa y otra perpendicular en forma de T, como en el escudete ó peto, y en el centro se labrará una muesca ó rebajo en forma de ojo de buey, para que tenga la púa por esta parte asiento sobre la rama. Las púas deben escogerse entre los vástagos ó ramitos terminales que tengan yemas de fruto y madera, y si por casualidad no los tuviéramos, entonces echaremos mano de brotes que tengan tres ó cuatro yemas sanas y robustas. La púa se labra dando un tajo de arriba á abajo como el que corta una pluma de escribir, por detrás de la última ó penúltima yema, afinando el corte de manera que la zanca afecte la forma de una espátula alargada, como puede verse en el grabado. Con la lengüeta de la navaja de injertar, se desprenderán las cortezas de la rama que hace de patron, y se introducirá suavemente. Acto contínuo, se le arrollará una tira de papel y se le ligará y cubrirá con el betun de injertadores.

A. S.

GEROGLIFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

En tiempo de cólera sólo los niños están contentos.



La solucion de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR.
IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.